

LA VIRTUD DE LA SOLIDARIDAD

Escribe: CAYETANO BETANCUR

El Colegio Máximo de las Academias de Colombia cuenta entre sus varios labores de orden docente y de coordinación, con un Curso de Cultura General destinado a suministrar informaciones de capital importancia para el hombre colombiano, que se transmite todos los días por una vasta red de emisoras nacionales.

Iniciamos hoy la publicación de una selección de las lecciones del referido Curso. Las de esta entrega corresponden a las cátedras de "Hombres y hechos de Colombia" a cargo del Académico de la Historia doctor Oswaldo Díaz Díaz, y "Cultura Cívica", dictada por el doctor Cayetano Betancur, Académico de la Lengua.

—¿Qué es eso de la solidaridad?

—¡Cuán poco conocemos la naturaleza humana! Porque su pregunta parece que ya implica una solidaridad. Una solidaridad con mi respuesta.

—¿Cómo va a ser eso así?

—Pues muy sencillamente. Cuando usted me pregunta algo, ya es usted solidario con lo que yo le responda. Si él responde una estupidez, es usted en alguna forma causante de esa estupidez. Si le respondo con una inmoralidad, usted es copartícipe de ella. Si, en cambio, le doy una respuesta acertada, correcta, clara, ejemplarizante, usted, que formuló la pregunta, tiene buena parte en esas buenas cualidades de mi contestación.

—¿Y eso qué tiene que ver con la solidaridad?

—Que si ya en el solo hecho de enfrentarnos a otro para preguntarle algo, somos solidarios con él, ¿cuánto más no lo seremos en nuestros otros actos, en nuestra restante conducta?

—Ilústrenos su teoría.

—Pues bien; aparentemente nunca estamos tan solos como cuando nos recogemos en la oración. Allí, solo Dios está con nosotros. Nada en torno de nosotros parece que existiera. Y sin embargo, esa actitud de humilde

reverencia ante lo divino es una actitud solidaria. Aprendimos a orar en un hogar. Tal vez nada nos ligue tanto al recuerdo de nuestra infancia como cuando imaginamos a nuestra madre con su boca puesta a nuestro oído musitando oraciones, diciéndonos levemente y como en un susurro cómo elevar el corazón a Dios. Después de esto, qué son las oraciones mismas que la mayoría de los hombres decimos, sino frases hechas, hechas por todo el grupo social en que vivimos y en la que el grupo social mismo ha puesto todo el acento de su piedad y de su veneración?

—Está bien hasta aquí. ¿Y qué más?

—No. No quiero señalarle todos los actos de la vida humana en que nos sentimos solidarios. He querido solo destacar cómo en ese algo tan personal que es el orar, ora con nosotros el grupo social en que vivimos.

—¿Y en las situaciones de la vida?

—Nuestra vida económica es toda ella una palpable muestra de la solidaridad humana. Quién cultivaría la tierra, si no hubiera compradores para sus frutos. ¿Quién tejería, o realizaría cualquier otro objeto manual, si no pensara ya en su posible consumidor? Pero, a la inversa, ¿quién trataría de ganar dinero, si no hubiese a quién comprarle nada? Porque los hombres son solidarios entre sí es por lo que existen relaciones económicas.

—Pero la economía engendra también la discordia.

—Claro está. Es que el hombre olvida fácilmente que es solidario del comprador, y cuando compra lo es del que le vende. ¿Esto por qué? Por el egoísmo. Todas las virtudes sociales tienen como vicio común opuesto, el egoísmo; y en la solidaridad esto resalta mejor.

—¿Hay solidaridad en la lucha?

—Solo el héroe es capaz de enfrentarse solitario a las fuerzas adversas. Pero la mayoría de los hombres, requiere el apoyo de sus semejantes para luchar con sus infortunios, con sus tropiezos, con sus dificultades. No admira usted esa admirable solidaridad que muestran todavía nuestras gentes cuando un avión se precipita, cuando un bus se despeña, cuando viene un incendio? ¿Quién podría luchar solo contra estas calamidades?

—¿Pero muchos no acuden a robar?

—Casos horrendos se han registrado de profanación de cadáveres, de despojo a los heridos, incluso, pásmese usted, han llegado algunos hasta extraer del cadáver todavía caliente, las calzas de oro de su dentadura. Pero estos son los abismos del horror a donde puede llegar un pueblo al que falta solidaridad.

—¿Por qué?

—Porque la solidaridad se comprende más adecuadamente en la adversidad que en la dicha, en la desgracia que en las alegrías.

—¿Y es que debe haber solidaridad en la alegría?

—Naturalmente. La próspera fortuna se nos acrecienta cuando la compartimos con nuestro prójimo. Y no solo debemos compartir con nuestro prójimo nuestros éxitos, sino algo que es todavía más difícil.

—¿Qué es más difícil?

—Compartir con el prójimo sus propios éxitos. Ayudarlo a mantener lo que consiguió con su esfuerzo o con su buena suerte. Despojarnos de la envidia, que es el pesar del bien ajeno, y superarle tratando de que el otro acaricie y se deleite en lo que es bueno y lo ha adquirido en justa lid.

—¿Hay otras formas de solidaridad?

—Sí. Por la solidaridad nos sentimos corresponsables en relación con nuestros semejantes. Debemos tener el coraje de creer que buena parte tenemos en la acción mala de nuestro prójimo. Acaso una palabra nuestra no lo pudo incitar al mal? Tal vez un chiste que creímos inofensivo, ¿no lo llevó a él a darle un sentido práctico y a realizar lo que el cuento solo tenía de gracejo? Por la solidaridad, nos hallamos avergonzados de la acción mala que el otro comete, tanto si pertenece a nuestra familia, o a nuestro pueblo o a nuestra región.

—¿Y a la inversa?

—A la inversa, también la solidaridad humana nos lleva a enorgullecernos con la belleza de nuestra paisana a quien eligen reina; con el éxito de nuestro coterráneo que resulta campeón en las carreras de bicicleta, o con el estudiante de nuestra aldea que un día se hizo doctor y brilló como orador o como escritor sabio. Y tenemos razón en este orgullo y en esta alegría. Porque se han tejido unos sutiles hilos de solidaridad que en todas esas cosas, hemos, en realidad, participado.

—¿Por qué hay pueblos pobres?

—No hablé solo de la pobreza económica. Piense en todas las clases de pobreza. Y esos pueblos son pobres, porque han carecido de solidaridad. Hay regiones en las que no brota ni un sabio, ni un poeta, ni un santo, ni un artista, ni un deportista, ni siquiera una mujer bella. Cave usted en el alma de ese pueblo, y verá que está trabajada por la envidia, por el egoísmo y por el aislamiento. Nadie se interesa por los demás y nadie ve con gusto que otro pueda salir adelante. Nadie ayuda, nadie coopera. Esto es, no hay solidaridad.